

Una Revolución Social Analizada en Laboratorio

Juan Ml. Pérez, o.p.

Estoy convencido que el presente en que vivimos es un gigantesco laboratorio social donde se están realizando, experimentando las muestras del mañana.

En realidad siempre fue así. La historia humana es un proceso vital ininterrumpido. El futuro se forja en el presente.

Pero existen épocas en la vida de los pueblos en que el orden social establecido —equilibrio entre factores de un pasado más o menos lejano— se resquebraja. En el proceso histórico van apareciendo nuevas necesidades y nuevas exigencias que no encuentran eco en la ordenación vigente y se experimentan nuevas formas de ordenación social.

Este es el caso de la humanidad de hoy y es, sin duda de ninguna clase, el caso de la República Dominicana. Los factores que intervienen en todo proceso de cambio social son muy complejos, como ocurre siempre en todo lo humano. Pero a veces, por circunstancias especiales, se puede aislar o mejor estudiar un cambio social con cierta facilidad. Casi como si fuera en un laboratorio. Este es el caso que pretendo estudiar.

Por eso, mi propósito no es hacer un estudio de filosofía de la historia social de la República Dominicana. Mi propósito es mucho más modesto. Voy a exponer unos hechos que se iniciaron hace escasamente dos años en un paraje campesino de El Seibo. Un análisis elemental de los mismos hechos muestra que, en tan corto período de tiempo, se ha producido un cambio muy profundo.

Estamos actualmente en un momento de gran inquietud entre los campesinos. Inquietud, que sólo en parte se puede explicar por el impacto de las nuevas leyes agrarias o por la agitación-política que trata de aprovechar a los campesinos para conseguir no se sabe qué fines.

Para evitar estos inconvenientes me voy a apoyar en hechos en que no han influido directamente las nuevas leyes agrarias, ni han sido provocados tampoco por agitación política.

Los hechos o acontecimientos que analizaremos son como una muestra de laboratorio de un mañana inmediato. Quedan resabios ciertamente; hay factores superados que siguen influyendo por inercia. Pero nos estamos moviendo ya en el mañana social.

Los hechos en que me voy a apoyar podrán parecer intrascendentes. Pero un análisis de los mismos revela un profundo cambio de actitud y una toma de conciencia muy clara en el campesinado. Son acontecimientos pequeños, minúsculos, pero demuestran con toda evidencia que el orden de la sociedad rural, que estaba en vigencia, se ha resquebrajado.

AMBIENTE TRADICIONAL

La familia campesina vivía tranquila al pie de una loma en lo más profundo de un valle fértil y rico. Es una familia tradicional como todas las familias campesinas enraizadas en una tierra que les da lo necesario para defenderse. Sin holguras ciertamente y a base de un trabajo duro, que exige el esfuerzo de todos los miembros de la familia, incluso el trabajo y el esfuerzo de los más pequeños.

Trabajan una tierra heredada del padre como una sola propiedad mientras los hijos son pequeños. Al crecer los hijos y al ir constituyendo nuevas familias, el padre les va asignando una porción dentro de la propiedad común de la familia. Esta asignación no tiene valor legal de acuerdo con las leyes vigentes.

La propiedad familiar se cultiva ahora con mayor intensidad, pues ahora son varias familias las que deben sustentarse de la misma propiedad, dividida en pequeñas parcelas.

Algunos de los hijos emigran a la gran ciudad buscando una vida menos dura y más holgada. Esos hijos que se van venden sus mejoras a algún terrateniente vecino, que ambiciona mayores extensiones de tierra. El que "vende" no se da cuenta de la trascendencia social que puede tener su venta. No entienden de formalidades jurídicas. Ni tampoco entienden ni se preocupan los familiares que quedan en el campo. El padre asignó a cada uno de los hijos una parcela sin límites medidos catastralmente.

Sin mayores contratiempos transcurren los años. Puede pasar una generación. Y de pronto hay un lío.

LOS HECHOS

Hace escasamente dos años que comenzó todo. Un terrateniente, heredero de B, sin previo aviso, tiende una empalizada anexionando a su propiedad parte de la posesión de la familia campesina A. Esa empalizada afecta de manera especial a la porción que trabaja el Sr. Y, que por cierto tiene una familia muy numerosa.

A los pocos días, atónitos, observan cómo cientos de cabezas de ganado vacuno del Sr. B destrozan sus sembrados paseándose por sus conucos. Desesperado Y busca consejo en P, a quien considera con influencia y es apreciado por su honradez. P le aconseja presentar querrela contra el Sr. B. Eso es un problema para él. En casos parecidos, cuando el animal de algún vecino se metía en su conuco, él mismo lo sacaba y lo entregaba a su dueño. Si había descuido o mala voluntad, era el ayudante de alcalde el que zanjaba la cuestión amigablemente entre ambos.

Mientras tanto un hermano de Y, que vive en la gran ciudad, pasa comunicación a la prensa. Después de muchas indecisiones Y decide presentar querrela contra B. Era en abril de 1971. El Fiscal da orden de arresto contra B y su mayoral. Los encargados se niegan a ejecutar la orden de arresto. Y lo que es peor, Y queda arrestado él mismo, acusado de publicar una denuncia injuriosa en la prensa contra el Sr. B.

Después de un par de días en la cárcel, sale bajo fianza. Pero el ganado de B sigue destrozando sus propiedades. Acude a la autoridad suprema judicial. Le dicen cosas alentadoras, pero pasa el tiempo y todo sigue inmóvil. Cansado, acepta, por fin, una transacción "amistosa" con el Sr. B, quien le entrega la suma de 125

pesos a cambio de su firma estampada en un papel en blanco. Ultimamente terminó olvidando su caso, que tantos disgustos y dificultades le había ocasionado.

Estamos ahora a principios del mes de diciembre de 1971. El Sr. B. realiza la misma operación con el Sr. J, vecino de la familia A. Hay una experiencia y J trata de aprovecharla. Llama al alcalde pedáneo de la sección para que constate el destrozo que están ocasionando las vacas y los becerros de B, sueltos en sus conucos.

Con el alcalde como testigo (nunca se dudó de la palabra de un alcalde pedáneo) J presenta querrela ante el Fiscal del distrito. El Fiscal, después de oírle, sin tomar nota de su declaración, le pregunta:

— ¿Terminó de hablar ya? Pues váyase y que no lo vuelva a ver por aquí.

J es decidido y acude a la autoridad suprema en la gran ciudad. Allí es atendido y se le entrega una carta de recomendación para el fiscal de la corte de apelación. Abí le dicen que tal día (se lo señalan) debe presentarse acompañado de cinco testigos. Así lo hace, pero cuando se presenta con sus cinco testigos, el Fiscal no se encuentra. Tiene que regresar otro día. Son muchos los viajes, son muchos los días fuera de casa; los gastos van aumentando. Lleva nota de los mismos, pensando que quizás el día del fallo a su favor (nunca pensó que no sería así), iba a poder recuperar ese dinero gastado en idas y venidas.

Eso ocurrió en diciembre. En agosto aún no sabe nada del día de la causa. Pero el ganado del Sr. B. ha acabado con sus mejoras y las alambradas lo alejaron de sus posesiones y de sus frutos. Ahora se ve en la necesidad de echar días fuera para levantar el diario de su familia.

Junio de 1972. Se repite la misma historia: trazado de alambradas por mandato del Sr. B. Ahora son muchas las familias afectadas. Es en una zona dedicada a conucos. Dentro sólo hay algún ranchito que otro donde viven en la temporada de la preparación de las siembras o en la época de la cosecha.

Dos meses más tarde de poner las alambradas, una manada de reses invade la tierra de los conucos. Aparece una dificultad esta vez: la mayor parte del ganado pertenece a la familia M, vecinos del paraje, una familia respetada y considerada como incapaces de hacer un daño de esa categoría. Detrás está el Sr. B. No saben cómo, pero están seguros. Parece que hubo una permuta de tierras.

Pasan los días discutiendo. No se atreven a denunciar al Sr. M. Pero eso no puede seguir así. Y, de común acuerdo, deciden actuar: el lunes, 15 días después de haber entrado el ganado en sus conucos, más de 50 campesinos, acompañados de mujeres y de niños, reocupan sus tierras y se ponen a limpiar el terreno para la siembra de septiembre.

Inmediatamente el Sr. B. empieza a actuar. Acusa a Y de ser el instigador de los demás campesinos. Al día siguiente, se presenta en el lugar donde están trabajando los campesinos acompañado de miembros de la policía.

- Paren ese trabajo ¿Quién les ha mandado meterse en esta tierra?
- Le contestan a coro: la Unión Campesina.
- Qué unión campesina ni que nada ¿Quién es la Unión Campesina?
- Todos nosotros.
- Bueno, mañana dos o tres de Uds. preséntense en el pueblo para arreglar este asunto.

Pasan los días y una patrulla mixta detiene a todos los campesinos que estaban trabajando en sus antiguos conucos. Ellos lo esperaban. Es más lo querían. Eran más de 50. Meterlos a todos en la cárcel sería un escándalo muy grande. Por eso deciden dejar a dos o tres (después fueron siete). Los sospechosos de ser los instigadores de los demás. Todos los otros los dejan en libertad. Contra ellos no hay nada. Ellos protestan, porque todos, dicen, somos responsables por igual. Pero es inútil. Pueden irse.

Y se van directamente para el trabajo que habían interrumpido al llegar la patrulla. Tendrán que ir a buscarlos otro día. Se les juntan más campesinos. El siguiente lunes, de nuevo, la patrulla tiene que traerlos a engrosar el número de los detenidos. Ahora son más de 50 en la cárcel. Pero en los conucos siguen trabajando otros compañeros.

Dos o tres días más tarde una comisión, delegada expresamente para este caso, los deja en libertad a todos los detenidos.

Estos son los hechos. Analicemos ahora esta muestra y nos daremos cuenta que se han producido cambios muy hondos en la actitud y en el comportamiento de los campesinos. Cambios que han obligado a alterar o a suspender el procedimiento normal de la justicia en estos casos. Estos hechos hace poco tiempo serían incomprensibles.

Y es que, en realidad, asistimos a una revolución social en miniatura, a una revolución de laboratorio.

ANALISIS DE ESTOS HECHOS

(1) La primera constatación que se impone es la imposibilidad de una solución justa apoyada en la estructura legal actualmente vigente.

En el Este la mayoría de la población campesina ocupa y trabaja la tierra sin título de propiedad que les asegure su posesión pacífica y los estimule, al mismo tiempo, a mejorar esas tierras y las condiciones de su vida.

Se ha hecho demasiado costoso y difícil, demasiado complicado el mecanismo de legalizar los derechos adquiridos por una ocupación, muchas veces inmemorial, de la tierra. Por ignorancia, por ingenuidad, por sentirse marginados en la ordenación social, los campesinos no se han ocupado (o no han podido) legalizar sus posesiones.

Ha habido un desplazamiento progresivo de la población campesina de las tierras del llano hacia las lomas de la cordillera oriental. Todo empezó con el famoso desalojo realizado por las tropas americanas de ocupación para perseguir a los gavilleros.

Con ese desalojo el campesino se vió obligado, por la necesidad, a ceder sus tierras del llano a cambio de un pequeño préstamo para poder vivir en los pueblos, donde fueron concentrados durante cuatro meses. Fue entonces cuando se formaron los grandes latifundios del Este que después se dedicaron al cultivo de la caña y a la cría de ganado vacuno.

Entonces había tierra suficiente y los campesinos fueron a ocupar otras tierras vírgenes sin estorbo de ninguna clase. Después de 10, 20, 40 ó 50 años esas tierras que ocupan actualmente son reclamadas por sucesiones o por grandes terratenientes. Y esa reclamación de las tierras de los campesinos está amparada por un título legal de propiedad.

La mayoría de los campesinos ocupan esas tierras que han trabajado pacíficamente, en la mayoría de los casos, durante más de una generación. Sería interesante conocer cómo esas tierras fueron a parar a manos de los terratenientes, casi siempre gente profesional. Un mapa catastral comparativo de 1920, con otro de 1950 y otro de 1965 permitiría quizás hacer comprobaciones interesantes.

Todo esto es demasiado misterioso y totalmente inexplicable para el pobre campesino, abandonado a la pura subsistencia, sin contacto real y efectivo con la vida de la nación. Por eso el campesino prefirió ceder sin protesta, refugiándose en una conformidad fatalista.

Se han dado casos de oposición decidida de parte de los campesinos en ciertos casos contra el despojo de sus tierras. Pero la resistencia los arruinó y los humilló para siempre.

Por eso el campesino desconfía de la justicia, del régimen legal de la propiedad de tierras y no quiere luchar en ese terreno. Sabe que está perdido de antemano. Antes prefería ceder y buscar otro rincón donde establecerse. Pero hoy ya no ceden. Tampoco buscan la solución por vía de la justicia. Actúan directamente. Han descubierto una nueva fuerza: la unión y la resistencia. Han sabido llevar la batalla donde ellos saben que tienen más fuerza y posibilidad de triunfar: el número.

Este elemento, el número, jugará un papel decisivo en la marcha inmediata del país.

(2) Los acontecimientos que estamos comentando, son la prueba de un cambio brusco en la actitud del campesinado. Demuestran que el campesino ya no es un elemento pasivo, dócil y atemorizado, fácil de contentar con promesas o de asustar con amenazas.

El campesino empieza a sentirse responsable de su destino, quizás por primera vez en toda su larga y penosa vida. El miedo a las consecuencias, unido a un sentimiento de fatalismo, había convertido a la población campesina en un grupo humano apático y fácil de manejar. Siempre fue un grupo social sin voz, que reflejaba en sus miradas vacías la opresión a que era sometido.

Por principio el campesino era conformista y se contentaba con que le dejaran vivir en su rincón, sin mayores pretensiones. Individualmente había pateado y protestado, pero sólo se atrevía a hacerlo contra sus vecinos. Nunca contra los grandes. Sus pleitos se reducían a divisiones y pequeños o grandes pleitos entre familias residentes en el mismo paraje.

Los grandes han sabido aprovechar estas divisiones entre los campesinos para mantener su hegemonía y su influencia, su prestigio y su grandeza sobre los campesinos.

En el campesino siempre existió un afán de estar con el grande, de ser confidente del poderoso. Cualquier puesto estable en las labores de los potreros, cualquier símbolo o señal de unión con el grande (revólver, escopeta, cuchillo, utilización de caballería con los arcos del señor, etc.) los convertía en superiores a los demás. Ser capataz o encargado de un trabajo para el señor, les daba una pose de superioridad, de hombre importante, de imprescindible.

Esta actitud sumisa se ha roto. Los campesinos han descubierto el valor de la solidaridad (valor, no como medio para lograr un fin, sino valor como fin moral, como un valor humano). El horizonte de su pequeño mundo, cerrado y reducido a unas cuantas familias, con frecuencia mal avenidas en el paraje y la presencia casi omnimoda del señor adquirió de repente dimensiones mucho más amplias.

Los campesinos están estrenando actualmente una nueva cohesión social, hija de una sensación casi orgánica de acorralamiento. En regiones o zonas vecinas, la actitud de un grupo de campesinos, numerosos, que vieron recientemente sus conucos destrozados por las reses de un señor vecino, fue muy diferente. Por eso me sorprendió más la actitud de los campesinos actores de los acontecimientos que estamos comentando. He podido observar que en los otros parajes quedan todavía zonas, más adentro, donde se puede trabajar. Son tierras de algún terrateniente absentista que no las ha necesitado todavía o que quizás espera la "limpia" de los campesinos para convertirlas en potreros. No existía, como en el caso actual, esa sensación de acorralamiento.

(3) Ultimamente, desde hace unos cinco o seis años, entró la fiebre de la tierra entre los grandes. Esa sed de tierras en los grandes terratenientes es la causa de la desintegración de una sociedad rural de tipo tradicional.

En la región del Este, a la posesión de la tierra, va unida la posición social, la influencia política y la seguridad en la vida. A veces da la impresión de que el Este de la República Dominicana está repitiendo la historia del Oeste de los Estados Unidos.

Antes de ser dominado por la fiebre de la tierra, el terrateniente tenía un profundo sentido de dignidad y de honradez frente al campesino. El terrateniente era temido por su poder ciertamente, pero, al mismo tiempo, era respetado por su honradez y por su humanidad con los pequeños y pobres campesinos. El señor de la tierra era como el patriarca de la sección. A él se podía acudir, y se acudía, en cualquier apuro.

El señor de la tierra cumplía una función de integración en aquella sociedad agraria, semi-feudal. . . .

Ahora, a causa del absentismo del terrateniente y, sobre todo, debido a esa sed insaciable de tierras de que hablamos, esa función social del señor ha desaparecido. Socialmente hablando el nuevo tipo de terrateniente es el factor más poderoso de la desintegración social.

El campesino, con asombro, tuvo que admitir que está en el abandono por parte del terrateniente. De esta manera se está formando una nueva conciencia de clase social. Clase social campesina que jugará un papel muy importante en un futuro inmediato.

La pérdida de la función social que venía desempeñando el terrateniente ha desaparecido, decíamos, a causa del absentismo. Pero también a causa de un nuevo concepto de propiedad privada, fruto de la fiebre de poseer cada vez mayores extensiones de tierra. En cuanto a la tenencia de tierra se ha acentuado cada vez más la idea de privatividad, de exclusividad de la posesión o de la propiedad.

Antes el pobre campesino encontraba con facilidad los bienes necesarios, los pocos bienes de que tenía necesidad, para mantener una vida de pura subsistencia en chiripas, en restos, en sobras, en pequeños trabajos, etc. Hoy todo ha cambiado. Se han asegurado mejor las empalizadas y la presencia de un animal en la propiedad del señor, por descuido, es perderlo. Antes estaba permitida la utilización libre de mucho frutos (mangos, chinas o naranjas, leña). Hoy la utilización de esos bienes supone el sometimiento ante la justicia.

Este agudizamiento de privatividad y de exclusividad en el concepto de propiedad privada ha matado en el señor todo sentimiento de humanidad y de pater-

nalismo. Se ha perdido todo sentido de que la propiedad privada tenía una función social.

Como consecuencia, el humilde campesino perdió bruscamente su gratitud hacia el señor y todo sentimiento de dependencia ante él. Antes, las relaciones sociales eran relaciones entre personas en sentido vertical, de arriba hacia abajo, de superior a inferior, de grande a pequeño. Ahora sencillamente las relaciones interpersonales ya no existen de ninguna manera. En el grande se ha desarrollado el afán de la autarquía. No necesita ni quiere el trabajo y el agradecimiento del pequeño campesino. Y con este sentido de autarquía nació el aislamiento y en la mayoría de los casos el absentismo.

El humilde campesino descubrió con sorpresa el abandono a su suerte. Con el prestigio del patrón, del terrateniente, el campesino vivía en la conformidad total. Fuera del trabajo de la tierra y el pequeño mundo de sus relaciones humanas, el campesino veía en el terrateniente el representante de un mundo desconocido y, por lo mismo, temido y respetado. No se sentía capaz ni preparado para ingresar en ese mundo superior y, mucho menos, para juzgarlo o atacarlo. El lenguaje, las formas de cortesía y las costumbres eran otros tantos inconvenientes, obstáculos imposibles de superar. El patrón sabía descender al mundo del campesino, pero se cuidaba de mantenerse aislado y por encima del mundo de los campesinos.

Hoy el campesino ha descubierto y experimentado que el grande es peor y más mezquino que los pequeños. Sabe que ya no puede contar con la ayuda de los de arriba.

De esta manera estamos presenciando dos mundos antagónicos: sentimiento de prepotencia en el grande y sentimiento de abandono y de resentimiento en el humilde.

Estamos en los estertores de un orden social y en los albores de un nuevo orden. Orden nuevo, que por el momento, para muchos, es un gran desorden. Y es natural. El orden establecido está roto; el orden que lo seguirá aún no se vislumbra.

(4) Conociendo la actitud tranquila y respetuosa del campesinado, choca y extraña el cambio de actitud y de comportamiento de esos campesinos. La decisión, tomada en común, de actuar, de proceder a la acción directa es un signo revelador de un cambio profundo.

Se quiere hacer creer que esta actitud desconocida hasta ahora en el campesinado es debida a influencias externas, a la labor de agitadores. Parece que asusta admitir un cambio en la actitud del campesino, porque se prevén consecuencias muy graves. Por eso se prefiere seguir pensando en un campesino humilde, sumiso y dócil.

Pero, piénsese lo que se piense, estamos ante un cambio. Es fácil, por otra parte, comprender el cambio de actitud del campesino. Ya hemos mencionado el sentimiento de abandono en que se encuentra el campesino a causa del comportamiento impersonal y orgulloso del patrón o del terrateniente. Al sentirse abandonado a su suerte y al ver la incapacidad de defenderse, el campesino está actualmente en la situación de un animal acorralado. No puede huir y se defiende.

Antes quedaba siempre el refugio en la actitud religiosa. Actitud de auténtica evasión y de fuga de la realidad. Era una especie de ensueño mágico. Pero ese tipo de religiosidad ya no puede ser el sedante para la gran tensión psicológica en

que vive el campesino. El Dios que caprichosamente repartía la suerte, la salud, la posición social, ha muerto.

¿Está naciendo otra religiosidad? Existen ciertamente claras manifestaciones de un nuevo sentimiento religioso. Dios ya no es el ser caprichoso y omnímodo que hace o deshace el curso de la historia humana. Es un nuevo Dios que llama, que estimula y que alienta. Un Dios que interpela y se deja interpelar. La religiosidad exterior de prácticas y de ritos mágicos está siendo reemplazada por una religiosidad más personal, más interior, más íntima. Y en muchos grupos la religiosidad anterior desapareció dejando un vacío profundo.

El mundo mágico en que vivía el campesino está actualmente lleno de fisuras. Es como una red rota, incapaz de contener a los peces en sus mallas.

Teniendo todo esto en cuenta, es fácil comprender esa toma de conciencia por parte del campesino. Salir del círculo de opresión, de incertidumbre y de miseria en que estaba llevando su vida y a que condenaba a sus hijos, es para el campesino una obligación, un deber, una tarea de cuya realización se le pedirá cuenta.

Quizás esto explique el por qué del paso de pura pasividad a la acción directa. Por otra parte no usa la violencia. Simplemente se comporta al margen de la organización social y legal que configura la estructura del orden establecido.

Yo veo en esta actitud un signo de madurez humana, una señal de toma de conciencia en el campesino de su dignidad y responsabilidad ante la vida. Esto lo demuestra la serenidad y el convencimiento de que cumple un deber cuando es llevado a la cárcel y sometido a la justicia. No busca la pelea. Se han decidido por desconocer las leyes, los procedimientos y los medios legales de los reclamos ante la justicia. El orden establecido ha dejado de ser un ordenamiento para ellos.

La cárcel ya no es una ignominia, como era antes. Es más bien un honor, es la señal de una ruptura total y definitiva con la vida tradicional y su consecuencias. Una señal de que aquello terminó. Estamos ante una actitud decidida a romper el círculo cerrado en que el campesino desarrollaba su vida.

Los entendidos definirían la táctica adoptada por el campesinado como violencia pacífica o no-violencia activa. Es posible que ellos hallan oído hablar de ese método y de sus tácticas en algún cursillo o en alguna conferencia. Pero no se puede considerar únicamente como fruto de influencias externas o extrañas. Porque esa táctica se apoya en una unión y solidaridad incomprensibles en el campesino tradicional.

Seguir pensando que el campesino sigue siendo el mismo de hace 10 ó 20 años es una equivocación. Se ha producido un cambio de mentalidad y de actitud real y efectiva.

(5) Analizando los acontecimientos, que venimos comentando, se puede observar con claridad que el campesino ha superado su modo de entender el mundo y la vida, como si fuera un asunto individual. Decíamos que el campesino está estrenando una nueva cohesión social y que va adquiriendo una conciencia de clase marginada en la sociedad. Por eso se siente solidario a la clase campesina de toda la República Dominicana.

El comportamiento de estos campesinos, demostrado en los acontecimientos que estamos comentando, es un esfuerzo por resolver su problema concreto, por dar solución al caso que afecta a un grupo de campesinos que viven una situación de des-

pojo. Pero existe una proyección más amplia en sus planes de acción. Cuando se deja conducir a la cárcel sin oponer resistencia, sabe que otros ocuparán el puesto que él dejó. Sabe que su comportamiento violando las leyes o las órdenes prohibitivas será considerado como un acto de solidaridad. Le importa más lo que piensan sus vecinos y compañeros que el parecer de los grandes. Lucha para romper las condiciones de vida que lo tenían sometido.

La lucha de estos campesinos es parte del esfuerzo común por superar la justicia que trata de mantener y asegurar el status y el orden establecido.

Para el campesino la aceptación del sistema judicial tiene el sentido de represalia para sus vecinos. Ya decíamos que el campesino nunca confió en la justicia como medio para resolver sus problemas. A esta desconfianza tradicional, hoy va unido el convencimiento de que la justicia es un instrumento de opresión, un medio legal que tiene la sociedad para mantenerlos sometidos y en situación de inferioridad permanente.

Ellos no saben cómo los grandes terratenientes han adquirido el certificado de título sobre tierras que ellos siempre han trabajado y cultivado. Pero saben que sus tierras son reclamadas por los terratenientes. Y saben, también, que esas tierras legalmente las tienen perdidas.

(6) Hay una constatación muy interesante en el caso que estudiamos: ausencia total de la juventud, tanto la juventud de la ciudad como la juventud del campo. Han sido los adultos, los padres de familia, muchas veces hombres ancianos, algunos inválidos ya incapaces de trabajar en el campo, los que se han unido y han recobrado sus tierras.

¿Y la juventud dónde estaba?

La vida del campo siempre fue considerada como vida dura y sin porvenir. Las palabras "campesino", "labriego" son sinónimos de bruto, inculto, ignorante. La vida del campesino nunca tuvo el aprecio de una vida digna. Nunca ha sido un ideal de vida para nadie.

El campesino es considerado como un ciudadano de categoría inferior. Y esta valoración negativa de la vida campesina es compartida por el mismo campesino.

Es natural, pues, que el joven no haya encontrado nunca en la vida del campo un ideal capaz de llenar sus aspiraciones. Por eso, los pocos, los contados campesinos, que han tenido la oportunidad de subir de clase social, han olvidado el campo y son quizás los más alérgicos a la vida y al trabajo del campo.

Esta valoración negativa de la vida y del trabajo del campesino explica por sí sola el éxodo rural. Y esta apreciación será un factor negativo en la futura organización de la sociedad, en proceso de cambio y de cambio acelerado.

La ausencia de la juventud en la lucha campesina se ha intentado explicar diciendo que la juventud, siempre inquieta, ha sido muy combatida por las fuerzas de control. Pero es una explicación demasiado superficial y, yo creo, que sólo aparente. La juventud está inquieta, pero no moverá un dedo por la reivindicación de la vida del campesino.

El grupo de jóvenes autodenominados revolucionarios tiene un concepto romántico de la revolución. Su lucha se centra en un esfuerzo por quitar privilegios y por un afán de disfrutar de las condiciones de vida de otros jóvenes mejor acomodados.

Toda revolución social parte, arranque, de la identificación total con la suerte de los desheredados. Todo lo otro es puro romanticismo o puro revanchismo. Pesa demasiado en los jóvenes la valoración negativa de la vida del campesino para que se integren en la lucha de los campesinos.

Con la juventud actual la única revolución posible sería una revolución con carácter de rebús. Pero no una revolución social que llegue al pueblo, a la masa del pueblo, en su mayoría campesina. La juventud desea salir del encierro que supone la vida del campo; desea subir en la escala social, pero siguiendo los criterios tradicionales. Por eso luchar por el campesino y con el campesino sería condenarse a vivir un ideal de vida que se rechaza de antemano. Sería renunciar a sus aspiraciones.

Esta constatación de la actitud de la juventud reviste una gravedad extraordinaria para el futuro inmediato del país. Estamos ante una juventud que ha roto los lazos con la tradición. Se ha independizado de la tutela de sus padres y de todos los valores tradicionales. Pero no ha encontrado todavía cobijo en el ideal de una nueva sociedad. *Juventud que se cría en la calle, deseando lo que no tiene ni puede conseguir.*

Por otra parte, la sociedad tiene muy poco que ofrecer a esta juventud, que huye del campo a la ciudad. No hay trabajo, ni se ve tampoco una salida por medio del estudio o del esfuerzo personal.

De este modo los signos de los tiempos hablan de un doble cambio. Por una parte, un cambio en la estructura de una sociedad agraria y rural a un plazo muy corto, teniendo en cuenta la toma de conciencia del campesino tradicional, que es mayoría dentro de la población.

Por otra parte, a un plazo un poco más largo, hay que prever un cambio aún más profundo en el orden social, si tenemos en cuenta la falta de integración de la juventud en un orden que no tiene nada que ofrecerle, si se exceptúa a una pequeña minoría dentro de esa juventud. Y la población juvenil es mayoría dentro de la población total de la República.

Cerramos aquí el análisis de esta muestra de revolución social, realizada en el laboratorio de un campo.

Sé que quedan puntos oscuros y factores sin destacar. Pero creo que el análisis de esos acontecimientos minúsculos demuestran con toda evidencia que estamos presenciando un cambio muy profundo en la mentalidad y en el comportamiento de los campesinos. Cambio que necesariamente llevará de la mano a un cambio en las estructuras de la sociedad tradicional.

NOTA MARGINAL:

Actualmente se están utilizando la inquietud y la necesidad en que vive el campesino dominicano con fines políticos. La prensa, a diario, informa de invasiones de tierras del Estado ocupadas por grandes o pequeños terratenientes.

¿Qué se pretende con esa maniobra? ¿Romper la oposición y la resistencia de los terratenientes a las nuevas leyes agrarias, utilizando como instrumento a los humildes campesinos?

Al dejar en libertad a los campesinos acusados de violación de la propiedad privada, sin pasarles causa ¿quiere decir que quedan anulados los procedimientos ordinarios de la justicia en este terreno?

¿Se busca desorientar la toma de conciencia de los campesinos para que sigan esperando la redención de sus males por la intervención directa de arriba? Es decir, ¿se pretende hacer creer al campesinado que todos sus esfuerzos no tendrán éxito, sin la intervención de un salvador providencial?

Por eso, y siguiendo con la imagen del laboratorio, en el análisis que he presentado, he tenido sumo cuidado de aislar todos estos factores de carácter político.